

manifiesto por el A. en la tercera parte de este volumen. Lleva por título *L'ultima Scolastica*, y engloba los siguientes epígrafes: *Il XIV secolo: La crisi della civiltà medievale e la nuova teologia. Guglielmo di Occam e la «via moderna». La diffusione della «via moderna»: i seguaci di Occam. La teologia mistica: Meister Eckhart e i suoi discipoli.*

Todos los apartados que presentan estos dos volúmenes van acompañados de la correspondiente bibliografía. Echamos en falta algunas investigaciones que se han publicado en los últimos años, especialmente en lo que se refiere a la época patristica. Sería de desear igualmente que, en una posible traducción a la lengua castellana de estas páginas, se indicaran también las fuentes y estudios que se han realizado, para los lectores de dicha lengua, sobre los autores y temas aquí tratados. En efecto, son muy escasas las sugerencias bibliográficas que se citan en castellano a lo largo de toda la investigación. Abundan, como es natural, las italianas.

Los estudiosos especialistas de estas épocas de la historia de la teología cristiana pueden echar en falta muchos nombres de autores, escritos y corrientes de pensamiento que podrían añadirse a los capítulos citados por el prof. Mondin. Es verdad. Estos volúmenes, con ser amplios, no están destinados a ese público especializado, sino a uno más general. No es menos cierto, por otra parte, que el A. ha sabido seleccionar muy bien las corrientes de pensamiento más importantes, con sus autores más señeros, y sus luces y sombras más características; todas las que deben ser señaladas en una historia de la teología que se precie de tal y vaya destinada a una formación teológica fundamental.

También merece ser destacada la preocupación del A. por resaltar las relaciones del pensamiento típicamente cristiano con otras esferas profanas del saber humano. No en vano, como hemos indicado ya, el prof. Mondin es un experimentado conocedor del problema científico —y tan actual— como es el que constituye la inculturación. Quizás sea éste el valor más importante que encierran todas las páginas de la presente obra del investigador italiano.

M. MERINO

Juan Luis LORDA, *Antropología: del Concilio Vaticano II a Juan Pablo II*, Ediciones Palabra, Madrid 1996, 256 pp., 13, 5 x 21, 5.

Es un dato reconocido que nuestro siglo ha presenciado un notable desarrollo en conocimientos acerca del hombre. El Concilio Vaticano II in-

corporó en sus documentos elementos valiosos de la reflexión antropológica contemporánea. También es sabido, finalmente, que el pensamiento de Karol Wojtyła —tanto antes como después de llegar a la sede de Pedro— en torno al misterio del hombre incorpora planteamientos de las modernas filosofías.

Pero, ¿qué ideas y pensadores, en concreto, han jugado un papel principal en el progreso de la antropología moderna? ¿Cuáles de entre sus propuestas son novedosas, cuáles son válidas? ¿Qué aportaciones suyas hallaron camino, eventualmente, hasta los esquemas y formulaciones de los padres del Concilio Vaticano II, y en la mente de Karol Wojtyła?

Para muchos interesados en la historia del pensamiento, de la teología, de la Iglesia, estas preguntas no resultan fáciles de responder. Y es que cualquier interés genético/etiológico por la concepción contemporánea del hombre tropieza con el impresionante reto de hacer acopio de varias décadas de abundante reflexión filosófica y teológica. Implica hacerse cargo de un momento de excepcional ebullición intelectual, asignando peso donde corresponda a autores e ideas, situando a protagonistas en el lugar que realmente ocupan en la historia.

Sin embargo, como afirma el Prof. Lorda, es urgente «intentar sistematizar y difundir la doctrina recibida porque encierra una promesa de renovación de planteamientos intelectuales y vitales» (p. 9). La presente obra tiene el doble mérito, primero de intentarlo, y además lograrlo en buena medida.

No todos están en condiciones de intentar una obra de este tipo; hace falta manejar con suficiente madurez la filosofía y teología antropológicas de la época contemporánea. El Prof. Juan Luis Lorda, con muchos años de experiencia docente e investigadora en el campo de Antropología Teológica en la Universidad de Navarra, demuestra un profundo conocimiento de esta parcela del saber humano.

Su obra ofrece una visión panorámica, construida sobre tres puntos: la antropología filosófica contemporánea; la doctrina del Concilio Vaticano II, particularmente de la Constitución *Gaudium et Spes*; y el pensamiento de Juan Pablo II. No pretende dibujar un cuadro exhaustivo sino que persigue un fin más sencillo: proporcionar un resumen en dimensiones asequibles de la renovada concepción del hombre. «Exponer (los puntos) linealmente y de manera resumida puede ayudar a captar con más nitidez las líneas de fondo: al presentar el marco de las corrientes de pensamiento, resaltan las claves de la antropología conciliar; y, cuando se contempla sobre ese fondo, se comprende mejor la doctrina de Juan Pablo II» (p. 9).

La obra está prologada por uno de los obispos españoles que tuvieron una actuación destacada en los trabajos del Concilio: Mons. Fernando Sebastián, actual Arzobispo de Pamplona, quien señala en el prólogo el papel central de la antropología cristiana en la tarea de la evangelización. «Cristo... manifiesta el hombre al propio hombre»: según Mons. Sebastián, esta feliz expresión conciliar señala una de las claves de la evangelización del mundo moderno. La salvación de Cristo que la Iglesia ofrece responde a las aspiraciones más hondas del corazón humano; proporciona una comprensión más profunda de su origen, de su destino y de su dignidad; y pone un sólido fundamento para los derechos humanos.

Tres grandes apartados, estrechamente relacionados, constituyen la parte central del libro: el primero contiene un bosquejo de las filosofías recientes sobre el hombre; el segundo, la antropología del Concilio Vaticano II; el tercero, la antropología de Karol Wojtyła, antes y después de su llegada al pontificado romano. Al final del libro el autor incluye dos apéndices de información bibliográfica, de gran utilidad para los que quieran saber más acerca de los temas tratados.

Veamos los capítulos del libro con más detenimiento. El primero lleva como título «Un poco de filosofía», y es un repaso selectivo de los pensadores que más influencia duradera han tenido en la concepción moderna del hombre. Identifica, en primer lugar, a dos precursores del pensamiento antropológico del s. XX: Kierkegaard, que busca potenciar al individuo situándole dialécticamente ante Dios y otros sujetos; y Newman, que hace profundos análisis (en gran parte biográficos) sobre la conciencia humana situada frente a Dios.

Expone después el pensamiento de los representantes más importantes de la filosofía del diálogo: Ebner, que apunta a dos vínculos claves —la palabra y el amor— en las relaciones interpersonales; Buber, que filosofa sobre la importancia de la relación entre un «Yo» y un «Tú»; Lévinas, que ve en las teofanías del Antiguo Testamento un paradigma de las relaciones entre un Yo y un Tú soberano.

Pasa a exponer a continuación las posturas de ilustres filósofos personalistas: Marcel, que subraya la distinción entre «ser» y «tener», Maritain, que concibe la sociedad, antes que mera conjunción de individuos, como comunión de personas; Mounier, que defiende la primacía de las personas sobre las cosas; Nédoncelle, que cifra la personalidad y espiritualidad humanas en la capacidad de establecer relaciones personales, abriendo de esta forma camino hacia una consideración de la intersubjetividad humana como imagen de la Trinidad.

Finalmente, resume las posturas de pensadores de la escuela fenomenológica: Husserl, cuyo método permite romper el cerco secularizante del inmanentismo; y los componentes destacados del Círculo de Gotinga, quienes —a pesar de la posterior evolución de Husserl hacia el subjetivismo— hallan aplicación de sus principios en campos vitales, como la ética y el matrimonio.

Este capítulo es particularmente valioso porque ofrece, en resumidas cuentas, el cuadro de un área del pensamiento humano de relevancia para la formulación moderna de la idea del hombre. Ciertamente, cualquier tratamiento breve corre el riesgo de parecer una simplificación, y de perder matices; sin embargo, si el objeto es identificar las aportaciones principales, este procedimiento está plenamente justificado. Es de notar que el autor hace su elenco de pensadores no de forma arbitraria, sino guiado por valoraciones hechas por otros estudiosos del contexto filosófico-histórico correspondiente.

Un resultado implícito del bosquejo de este capítulo es que se percibe más exactamente en qué consistió el logro personalista. No es que los personalistas se olvidaran de la tradición boeciana y ontológica de la persona, pero sí añaden a ese cuadro una dimensión más dinámica, existencial y concreta. «Persona» es, además de una sustancia individual de naturaleza racional, un ser que dialoga con otros sujetos y halla su plenitud en la experiencia vital de entrega y de comunión.

Con el telón de fondo del primer capítulo, el autor pasa a exponer la antropología del Concilio Vaticano II. Traza primero el contexto histórico-genético del Concilio, subrayando el interés de la Iglesia por entrar en diálogo más profundo con el mundo. Esboza a continuación la influencia francesa sobre el concilio (que comprende no sólo a los filósofos mencionados en el capítulo anterior, sino también al teólogo De Lubac). Se centra después en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, documento «ad extra» de la Iglesia que contiene una formulación de la doctrina cristiana sobre el hombre: concretamente, y sobre todo, en la primera parte, donde habla de la dignidad de la persona (que radica en su relación única, dialógica, con Dios); de la comunidad humana (que constituye un reflejo creado de la unión de las personas divinas); y de la acción humana en el mundo (que ha de situarse en un equilibrio que se aleje tanto de la búsqueda de un paraíso puramente terrenal como de un divorcio entre Iglesia y mundo, o entre fe y cultura).

Este capítulo, que se ciñe bastante al hilo y texto de *Gaudium et Spes*, permite al lector ver con exactitud en qué puntos hubo cierta incorporación de elementos de las filosofías dialógicas y personalistas. Indirectamente, el capítulo permite apreciar cómo la revelación sobre el hombre eleva

en cierto modo las filosofías concretas más allá de sus propios puntos de vista, al incorporarlas en una visión unitaria —creacional, dinámica, icónica, cristológica y escatológica— del hombre, fundada en la revelación. Se ve al hombre tal como es visto por Dios.

Los tres siguientes capítulos presentan la doctrina antropológica de Karol Wojtyła, tanto en sus años de formación intelectual como en su posterior actividad magisterial como Obispo y como Papa. Apoyado en otros estudios sobre la evolución de la personalidad y mente de Karol Wojtyła, el Prof. Lorda apunta, en primer lugar, los factores que inciden en su formación temprana: el contacto con el teatro; con la mística de S. Juan de la Cruz; con la doctrina tomista; con el método fenomenológico, a raíz de la tesis sobre Scheler; con los problemas éticos de sus feligreses, particularmente los jóvenes, los matrimonios, y el mundo de la cultura.

Relata a continuación la participación de Karol Wojtyła en los trabajos del Concilio. Saltan a la vista, por una parte, la cada vez más honda impronta del Obispo de Cracovia sobre los planteamientos y enfoques de los documentos *Gaudium et Spes* y *Dignitatis humanae*; y por otra, el fenómeno inverso: la maduración y profundización teológicas provocadas en Wojtyła por su involucración en los trabajos conciliares. Una interesante, aunque no explícita, conclusión se puede sacar de este doble fenómeno: tan fuerte y juntamente se dio un mutuo influjo, entre Wojtyła y Concilio, que se estableció una importante conexión entre el magisterio conciliar y las posteriores obras y magisterio de Wojtyła como Juan Pablo II. Los planteamientos del Vaticano II resultan ser una de las claves del pensamiento del Papa actual.

Los siguientes capítulos exponen la doctrina de K. Wojtyła, Papa. Glozan sus diversos documentos y discursos, subrayando sus aspectos característicos: la centralidad de Cristo para la comprensión última del hombre, (o la mutua imbricación del misterio de Cristo y del misterio humano); la dignidad y vocación del hombre, como imagen de Dios; la comprensión de la persona humana como realidad unitaria en una dualidad espiritual-material; la naturaleza intrínsecamente relacional del hombre, que es vocación a la solidaridad y al amor, a la plenitud de autodonación; y finalmente las coordenadas básicas para relacionarse con el mundo: prioridad de la persona sobre las cosas; de la ética sobre la técnica; del espíritu sobre la materia.

Estos capítulos son un eco sintético y orgánico de la voz actual con que la Iglesia habla sobre el hombre. De su fuerza y riqueza se desprende que, efectivamente, la Iglesia tiene mucho de válido y valioso que decir al mundo de hoy.

Una cuestión que suscita el modo de exposición de estos últimos capítulos es la siguiente. En contraste con los anteriores capítulos, el autor aquí parece detenerse menos en estudiar los factores «genéticos» de la doctrina sobre el hombre que, a lo largo de su pontificado, va elaborando Juan Pablo II. Por una parte, parece lógico, porque se trata, no ya de una época de formación intelectual de un pensador, sino de una etapa de madurez y de magisterio eclesial. Cabe, sin embargo, formular una pregunta: ¿no habrá tenido lugar un proceso no menos intenso de evolución o profundización en esta etapa de vida de Karol Wojtyła como Juan Pablo II? Experiencias hondas se han sucedido a lo largo de su pontificado —dolor físico y sufrimiento moral; caída del marxismo; experiencias de división y de unidad de creyentes y no creyentes; acercamiento a las puertas de un nuevo milenio; etc. ¿No será preciso valorar el peso y la influencia de tales acontecimientos sobre el pensamiento del Papa?

El Prof. Lorda enumera, en la parte final de su obra, tareas pendientes de la antropología teológica católica: un intento de sistematización general; una profundización en la teología de la identificación con Cristo; la construcción de una coherente teología de la caridad, basada en el misterio de la Trinidad y de la comunión. «Habrà que hacer algo nuevo» (p. 205). Y así es, efectivamente: estamos ante el reto de elaborar una consistente doctrina cristiana sobre el hombre, que comporta el esfuerzo de asimilación de logros antropológicos recientes.

Cabe afirmar que este libro es un paso inicial hacia ese «algo nuevo»; un punto de luz a partir del cual puedan emprenderse ulteriores pasos hacia la construcción de un tratado antropológico comprensivo.

J. ALVIAR

Piero CODA, *El ágape como gracia y libertad en la raíz de la teología y la praxis de los cristianos*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1996, 191 pp., 22 x 15; orig. italiano: *L'ágape come grazia e libertà*, Città Nuova Editrice, Roma 1994, 15 x 20.

El propósito del autor, profesor de teología dogmática en la Universidad Lateranense de Roma, es elaborar un ensayo de fundamentación teológica sobre el *ágape* como clave interpretativa sintética del misterio cristiano y de su realización en la historia: el *ágape*, por tanto, como principio, a un tiempo, de la teología y de la vida y praxis de los cristianos, como realización de la misión de la Iglesia en el *kairós* contemporáneo.